

## PROPUESTA PARA EL POSICIONAMIENTO DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS ANTE LA SOCIEDAD DEL SIGLO VEINTIUNO<sup>20</sup>

### INTRODUCCIÓN

Como describió Manuel Castells en su trilogía sobre el advenimiento de una *era* de la información (1996), el conocimiento científico y sus aplicaciones se instalaron en la base de la cultura contemporánea. La noción de *sociedad del conocimiento*, popularizada por organismos internacionales como la UNESCO, se ha transformado en un concepto guía para la evaluación de las tecno-burocracias internacionales, como el Banco Mundial o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Tampoco pasan desapercibidos los rendimientos asociados a las proyecciones tecnológicas de la ciencia en los campos geopolítico y económico, y al hecho de que se esperan de ellas transformaciones de gran impacto, por ejemplo, en la biogenética o en nuevas fuentes de energía. En este contexto se han generalizado caracterizaciones que destacan, para todos los ámbitos de la vida social y humana, nuestra

---

20 Durante estos años he tenido varias oportunidades para presentar, en distintos eventos, estas ideas acerca de las ciencias sociales latinoamericanas. En este camino, estimulado por las discusiones con muy diversos panelistas y auditorios, las he seguido precisando. Mis agradecimientos a todos y todas quienes han aportado, criticado y complementado mis argumentos.

creciente dependencia de los conocimientos científicos. Por otra parte, el valor atribuido a la comprensión de las condiciones y dinámicas de la sociedad, tanto en el plano de su caracterización descriptiva como en el de su estructura y funcionamiento, se ha visto reforzado.

Informaciones atribuidas a las ciencias sociales son frecuentemente empleadas para provocar, apoyar, contener o clausurar discusiones de temas públicos. Estos requerimientos han sido asumidos por la economía, la educación, la administración, la psicología y la salud pública, pero también adquieren relevancia en materias jurídicas o donde la deliberación ética parece desbordarse. Los procesos que han constituido las orientaciones valorativas que fundamentan las políticas públicas son desplazados por premisas que exigen el concurso de conocimientos elaborados por expertos. Las aplicaciones sociológicas, justificadas por sus técnicas de investigación o intelectuales de moda son requeridas, como nunca antes, para legitimar decisiones gubernamentales o para estrategias empresariales que afectan a personas, comunidades, países y regiones del planeta. De este modo, la sociedad ha complejizado su reproducción, acogiendo y diseminando conocimientos originados en los cada vez más numerosos organismos internacionales, agencias gubernamentales, organizaciones no gubernamentales, estudios privados y empresas periodísticas que realizan estudios sociales. En el plano cotidiano, con gran impacto en ámbitos específicos de la convivencia social, los medios de comunicación de masas reseñan investigaciones sociales vinculándolas a temas de expectación pública, como el aborto o la rehabilitación penal, e incluso cómo establecer o conservar amistades y matrimonios. También estas producciones son requeridas para abastecer de argumentos al creciente número de acciones de protestas de los movimientos ciudadanos y organizaciones independientes ante problemas ambientales, de desigualdades sociales y otros.

En síntesis: nuestras disciplinas han visto amplificadas no sólo sus funciones acreditadoras, sino también las emancipadoras. Atendiendo a esas expectativas, conocer el estado de las ciencias sociales, discutir sobre los contextos de producción y difusión de conocimientos, así como sus obstáculos, oportunidades y desafíos, constituye una prioridad. Estas materias dan origen a la presente reflexión.

## OBSTÁCULOS AL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANA

No puede desconocerse el impacto que han tenido en nuestras disciplinas las dictaduras militares y gobiernos autoritarios, tampoco la creciente pérdida de prestigio de nuestros aportes (¡no de nuestros temas!), cuya expresión, entre otras, es la precariedad institucional y las limitaciones presupuestarias de las universidades públicas, donde generalmente nuestras disciplinas terminan como las más afectadas. Sin embargo, la revitalización de las ciencias sociales no se ha producido cuando algunas de esas condiciones han cambiado. No obstante contar con presupuestos históricos para apoyar becas e investigaciones y existir más centros universitarios que forman especialistas en ciencias sociales, nuestras contribuciones, si las colocamos en un horizonte de comparación internacional, siguen siendo escasas –quizá proporcionalmente más que antes– o, al menos, alejadas de las expectativas.

Un reciente informe de la UNESCO (2010) señala que, a pesar de nuestro creciente volumen de estudiantes, graduados, profesionales e investigadores, de acuerdo con indicadores estándares, nuestra región presenta reducidos y excepcionales aportes a la comunidad científica internacional. Se constata una mayor cantidad de investigaciones y publicaciones en ciencias sociales, pero sus referencias escasean. Se deduce que la expansión de las ciencias sociales regionales, acaecida desde de la década de los 80 en gran parte debido a la creación de universidades privadas al alero de las reformas neoliberales, al punto que una gran proporción de estudiantes y profesionales de esas áreas están vinculados a ese sector, no se ha proyectado en logros cualitativos.

No parecen empalmarse virtuosamente el crecimiento cuantitativo con las mejoras en los niveles de calificación de los docentes e investigadores de nuestras comunidades. Esta situación requiere ser problematizada, pues ocurre a pesar de cambios favorables en las condiciones para la producción de ciencias sociales.

Las mejores condiciones sociopolíticas y económicas, en varios países de la región, permitieron aumentar la masa crítica de cultores de ciencias sociales. Por su parte, en el contexto mundial han

ocurrido importantes cambios derivados de la globalización, cuyo modo de reproducción en ámbitos específicos, como la ciencia, es crecientemente indiferente a las diferencias regionales. Se agrega a lo anterior la multiplicación de las posibilidades proporcionadas por la Internet, tecnología que ha impulsado una desterritorialización de la ciencia generalizando conocimientos casi en tiempo real y permitiendo articular procesos investigativos en distintos puntos del planeta. Estas condiciones deben tomarse en cuenta cuando se evalúa la participación de nuestras producciones en la configuración de un sistema científico globalizado. Considerando lo anterior, adquiere importancia diferenciar la producción científica, es decir, la variación y selección de sus temas, y su generalización.

Las evidencias indican que los conocimientos de las ciencias sociales se producen y difunden, como siempre, desde las instituciones de ciencias sociales de los países occidentales desarrollados. En estos, por lejos, se producen las investigaciones que lideran el pensamiento disciplinario. Así, la comprensión de la sociedad contemporánea es provista por una cada vez más diversificada y accesible difusión de conocimientos producidos por autores estadounidenses, ingleses, franceses o alemanes. Esta asimetría actúa como causa y consecuencia que desfavorece la producción latinoamericana.

Nuestra hipótesis es que nuestra deficitaria situación podría atribuirse a las expectativas que nuestras comunidades disciplinarias tienen con respecto a su propio quehacer, o directamente a los efectos de sus cuestionamientos al canon científico vigente, tanto en sus aspectos formales como sustantivos, como revisaremos a continuación.

### **Obstáculos formales al quehacer científico contemporáneo**

Es común discutir que los requerimientos exigidos para la certificación de conocimientos científicos en su capítulo de la ciencia social obligan a alinearse con protocolos definidos por los centros de ciencias sociales estadounidenses o europeos. Así, la barrera idiomática explicaría la escasa presencia de las producciones locales en las ciencias sociales mundiales, pues nuestras publicaciones, en su mayoría, no

se han integrado al estándar “*inglés - paper ISI*”. Si bien esta forzada normalización ha sido sometida a una fuerte resistencia, los efectos de su oposición constituyen autoexclusiones, pues lo probable es que las ofertas alternativas sean indiferentes o pasen desapercibidas, pues solamente las comunicaciones que se enlazan con sus estandarizaciones son componentes para la ciencia. Por otra parte, es posible mirar el lado favorable de estas condiciones. No pueden desconocerse las posibilidades que se abren con la vigencia de una lengua franca (como el latín que unificó el pensamiento medieval), más aún cuando las normas de la actividad científica ofrecen la posibilidad de actuar sobre la construcción de los criterios que, en algún momento del tiempo, operan como sus directrices centrales. Podría argumentarse, más bien, que la generalización de criterios facilita la colaboración científica. Paralelamente, hay que hacer notar, para no sucumbir ante la imagen de una irremediable dependencia, que los centros de influencia en ciencias sociales, como la sociedad entera, también se modifican. Hay evidencias de que la estandarización de la investigación en ciencias sociales ha favorecido a los europeos, cuyas publicaciones en pocos años se han hecho comparables con la de Estados Unidos. También la producción china, y en general la asiática, se ha hecho conocida, y Brasil comienza a tomar posición como productor de conocimiento en ciencias sociales, lo cual debería asombrarnos, dada su tardía fundación de instituciones universitarias - en comparación con el resto de los países latinoamericanos (UNESCO, 2010:129). Esto permite afirmar que las condiciones que imponen los actuales formatos científicos hegemónicos no explicarían totalmente nuestros déficits.

Nuestra región presenta un crónico abandono y descuido de la producción de sus propios intelectuales. Nuestra limitada participación en la comunicación científica internacional se acompaña con una desvalorización de las producciones de nuestros intelectuales e investigadores. Así, no es extraño que muchos de ellos encuentren mayor reconocimiento en el ámbito de la acción política, o sean leídos bajo ese prisma oscureciendo su contribución sociológica. Lo anterior empalma con la expansión cuantitativa de las ciencias sociales regionales, que ha pluralizado el origen socioeconómico de sus comunidades teniendo como efecto inesperado una des-elitización de nuestras comunidades y

con ello el debilitamiento de los tradicionales vínculos de los profesores con gobernantes y políticos. Probablemente, este último factor respalda la generalizada opinión acerca del declive de las ciencias sociales regionales y del menguado rol de sus intelectuales en relación con épocas anteriores.

Puede suponerse, además, que los llamados para apartarse del canon de las producciones científicas podrían no ser una opción, si se toma en cuenta su calidad promedio. Por ejemplo, en una revisión general de las ciencias sociales chilenas, tanto en investigaciones de titulación como en publicaciones de investigadores, apreciamos el predominio de orientaciones positivistas y del paradigma interpretativo, presentados sin reflexión teórica contundente; en un caso, sin relación con la mentada rigurosidad de las ciencias naturales, sino que con la aceptación de un “*realismo objetivista*”, y, en el otro, con exploraciones comprensivas basadas en la confianza en las competencias interpretativas de los autores y en una aplicación laxa de la noción de intersubjetividad (ARNOLD, 2011). Si bien estas indicaciones no permiten evaluar calidad y aportes específicos, podrían adelantarse dificultades con los estándares de las publicaciones en revistas de corriente principal.

### **Críticas al quehacer científico y sus pretensiones universalistas**

Un fuerte inhibidor de nuestras producciones es la adhesión a la impugnación del carácter universalista de los conocimientos científicos sobre los fenómenos sociales, postura sostenida por importantes corrientes de opinión y círculos intelectuales latinoamericanos afines al postmodernismo. Manteniendo un fuerte ataque a las concepciones dominantes de la modernidad occidental y a sus culturas académicas, los críticos se agrupan en programas académicos como la *crítica cultural*, estudios poscoloniales, culturales o subalternos y otros equivalentes. Desde sus comunidades argumentan que, por ejemplo, las teorías que explican la sociedad, incluso determinadas técnicas de investigación, estarían encadenadas a sus localizaciones de origen y, en consecuencia, no serían válidas en otros contextos, especialmente para una región como la nuestra, donde conviven países muy heterogéneos, no

modernizados, jerárquicos, desiguales y excluyentes (lo cual, al parecer, no sería el caso de las naciones en donde se originan estas teorías). Para los defensores de esta postura, no hacer esa advertencia constituye una señal de sometimiento a una racionalidad *eurocéntrica*. Estas posturas tienen ciertamente el valor de invitarnos a poner la atención en la diversidad y el particularismo regional, pero, en los hechos, sus acciones de resistencia – “*desobediencias epistémicas*”, “*sospechas radicales*”, etcétera– pueden tener efectos no deseados. Como en muchos casos, la intención es buena –revalorizar lo propio–, pero los resultados no tanto; mientras no se aporten métodos alternativos, más bien contribuyen a relajar la rigurosidad y alcances de nuestras investigaciones.

En algún sentido, la soltura de quienes relativizan el quehacer científico refleja, en parte, el hecho de que en su mayoría son cultores de formas más creativas de interpretar los fenómenos sociales, culturales y humanos, a través de los procedimientos de la literatura y el ensayismo, donde la misma discusión (científica) con que el constructivismo irrumpió en las ciencias de cuño positivista parece ser ignorada. Al respecto, si bien consideramos como tipos de conocimiento sobre la sociedad los provenientes de las humanidades y de las artes, esto no debe hacernos perder de vista las diferencias entre sus formas y criterios de aceptabilidad. Las ciencias sociales tienen sus convenciones, así como las creencias populares, los saberes ancestrales y las religiones tienen las propias. No parece tan malo que estas diferencias y “*saberes*” se mantengan. Por lo demás, en relación con sus contextos, ninguna de estas formas corresponde a conocimientos subalternos; sólo son distintos y más bien pueden nutrirse entre sí para responder a la diversidad de posibilidades que se abren para observar y describir a la sociedad. Pero un informe científico no rinde como documento literario y excepcionalmente concita interés público; tampoco un documento que no cumple con los protocolos de publicación puede incluirse en una revista disciplinaria. De lo que se trata es que la actividad de las ciencias sociales, como otras, es reconocible como productora de tipos de conocimientos, diferenciables de otros, y como tal debe responder a esas expectativas.

Las ciencias sociales tienen pretensiones universalistas y no se encuentran evidencias para abjurar de ello. Nuestras matrices

disciplinarias como sociólogos, antropólogos y psicólogos se identifican con el estudio de la sociedad, la cultura y los procesos psíquicos. Sus instrumentos teóricos o metodológicos no hacen referencia a que los fenómenos constituyentes de las identidades disciplinarias sean exclusivos de regiones, países, personas o épocas. En lo fundamental, y a falta de otros paradigmas no parece razonable suponer, por ejemplo, sociedades, culturas y seres humanos en los cuales lo social no sea lo social, la cultura no sea la cultura y los procesos psíquicos no sean procesos psíquicos sino otra cosa. Sólo por mencionar, desde que se formularon el marxismo, el estructuralismo o el psicoanálisis, estas teorías han sido aplicadas en todas las regiones del planeta, en los diferentes países y a los seres humanos de todos los tiempos. Ni siquiera la modelación matemática o la extensiva aplicación de estadígrafos borran la diversidad social, cultural y humana, más bien han facilitado la comprensión de sus variaciones y el encuentro de sus conexiones o equivalencias. Teorías y procedimientos como los indicados, dado su nivel de abstracción, han sido capaces de abordar tanto la pluralidad y localidad de las expresiones sociales como la unidad que subyace a ellas.

Probablemente la popularidad de las posturas anticientíficas proviene del resentimiento ante la simplificación de las realidades regionales. Nadie puede desentenderse de enfrentar concepciones *eurocentristas* que, sin filtro alguno, se aplican a Latinoamérica. Análisis colonialistas acerca de su estructura, funcionamiento y cambio social, son universalismos espurios que confunde una parte con el todo. La subordinación a unas “ciencias sociales” cuyos contenidos ignoren nuestras particularidades o las inscriban como momentos de un estadio evolutivo inferior o incompleto –declaración explícita de intelectuales regionales del siglo XIX, como Sarmiento y Alberdi, o del siglo pasado con la teoría de la modernización–, es científicamente inaceptable. Pero ese distanciamiento no avala la descalificación de la ciencia social moderna, ni fundamenta valorar los conocimientos según su procedencia y distancia de los centros sociopolíticos dominantes. Estas últimas posiciones son exageradas y llevan a una suerte de *nacionalismo* teórico que, como reza un conocido proverbio, significaría botar el agua de la bañera junto con el niño. Tal postura perjudica a nuestras disciplinas, pues al desligarnos de la construcción disciplinaria, a

nuestras ciencias sólo les queda ser elaboradas desde el prisma de centros de investigación de países desarrollados y occidentales. Es decir, reproducirse en forma sesgada y limitada.

El quehacer científico institucionalizado hace probables sus rutas, pero su futuro, como las relaciones que identifica, es contingente. La crítica trasluce una valoración exagerada de un conocimiento científico asimilado al programa positivista y ejemplificado con las teorías de la modernización. Desconoce el estatus provisional de las producciones de la ciencia que exige actitudes cuestionadoras, y que supone sus explicaciones como limitadas o puntos de partida susceptibles de colocarse a prueba con más investigación y argumentación racional.

No solamente razones epistemológicas contribuyen a respaldar la pretensión universalista de las ciencias sociales. Las explicaciones de lo social difícilmente pueden acotarse a regiones del planeta o a estados-nacionales. Mientras más conocemos, menos podemos considerar en forma aislada nuestros objetos de interés. Específicamente, la comprensión de la sociedad, en un contexto de globalización, no puede reducirse a su manifestación occidental que, de partida, es insuficiente para su propia caracterización. Tampoco es razonable producir una comprensión sociológica de América Latina prescindiendo de sus contextos. Es poco plausible suponer que se puede desarrollar conocimientos sobre la sociedad de manera aislada, pues eso lleva a descuidar el hecho de que procesos representados como contradictorios a nivel local o micro, son complementarios o paradójicos a nivel global o macro y se requieren mutuamente para su explicación.

Notiene fundamento el que las explicaciones acerca de la conformación de la sociedad, sus problemas, cambios o evolución tengan que hacerse necesariamente en algunos países o regiones. Por eso, nos corresponde animarnos para desarrollar investigaciones colaborativas de amplio alcance para abordar, por ejemplo, la globalización y sus actuales formas hegemónicas de subordinación de países e identidades locales; la revitalización de las diversidades sociales y culturales; los efectos de las actuales crisis financieras que afectan los fondos sociales; las nuevas y crecientes desigualdades y exclusiones sociales; la devastación de nuestros recursos medioambientales; la extendida violencia, inseguridad y maltrato en las grandes ciudades; las múltiples formas de corrupción;

los acelerados cambios en la composición etaria de la población; el repliegue de los estados y la desprotección y el individualismo que lo acompaña; los nuevos movimientos sociales, sus luchas reivindicativas y la emergencia de las redes sociales globales; la transformación de la impaciencia ciudadana en indignación; el calentamiento global, y los desafíos de gobernabilidad internacional. Todos ellos son fenómenos que se despliegan en el mundo contemporáneo. Ninguno es patrimonio de un país o región del planeta.

Observar los aportes realizados por científicos sociales de países latinoamericanos puede entregar algunas lecciones, especialmente cuando revelan que no todo conocimiento se origina en los centros del sistema-mundo para luego distribuirse a periferias que se ven impelidas a ser receptoras pasivas. Entre otros ejemplos que dan cuenta de flujos desde la periferia hacia el centro, se encuentran la teoría de la modernización *asincrónica* desarrollada por Germani, la teoría de la dependencia, en la versión de Cardoso y Faletto, o la teología de la liberación, que, para el caso de las ciencias sociales, destaca por hacer una interpretación de la cultura latinoamericana. Estas producciones estimularon investigaciones que, partiendo en las especificidades regionales, se vincularon con procesos globales. Recientemente desarrollamos un estudio que aborda la generalización e impacto global de un concepto acuñado en un país periférico (Arnold et al 2011). Se trata de la teoría de la autopoiesis, desarrollada por los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela (1973), la cual fue adoptada por la teoría de los sistemas sociales de Luhmann en Alemania (1982), y antes asimilada por la corriente psicológica y constructivista de Palo Alto. Este caso, que remite directamente a las actuales condiciones estructurales de la sociedad contemporánea, permite observar una efectiva declinación de las tradicionales divisiones regionales del conocimiento, pues ¿qué otra cosa sino la existencia de una ciencia global, incluso sin fronteras entre campos disciplinarios, es lo que proporcionó el espacio para que pudiera difundirse el concepto de autopoiesis? Estos ejemplos de polos alternativos de difusión científica también permiten precisar las condiciones que favorecerían la expansión de nuevos desarrollos, como las redes entre centros productores de conocimiento, la participación de investigadores en círculos científicos y el interés de editoriales en la

difusión de estos conocimientos. Es decir: los actuales imperativos de la conectividad científica en el mundo global.

Apartando nuestras producciones de los criterios internacionales, disminuimos las posibilidades de desarrollar y difundir nuestras investigaciones, y la sociedad, sin alternativa, se limita para su autodescripción y comprensión a apreciaciones superficiales o interesadas. Es común apreciar cómo comunicadores y publicistas son considerados referentes para el conocimiento de la sociedad, y cada vez más la observación sociológica se notifica como posteos, *opinología* en los noticiarios o como literatura de supermercados. Lo anterior es lamentable, no sólo por la pérdida del sentido de nuestras disciplinas y los esfuerzos de sus cultores, sino también por no contar con mejores instrumentos para la comprensión e intervención de la sociedad. En el camino, *el* desafío más importante para las ciencias sociales de este siglo, comprender la sociedad para actuar sobre ella, queda pendiente. Por eso, concordamos con Paulo Henrique Martins, actual Presidente de ALAS, cuando nos invita a construir una región del conocimiento, en el mundo global, que se caracterice por la producción de campos críticos no hegemónicos promoviendo una integración creativa de la sociología clásica y moderna, europea o norteamericana, sin caer en un universalismo abstracto, pero tampoco en un particularismo relativista descontextualizado (2011).

## **LA PERSPECTIVA DE LA COMPLEJIDAD COMO PROPUESTA ANTIHEGEMÓNICA**

No debemos permanecer atrapados en una crítica insuficientemente propositiva, pero tampoco caer en el fatalismo de someternos a los estándares hegemónicos de las ciencias sociales sin intervenir en su discusión. Nuestra propuesta invita a recuperar la rica tradición del pensamiento social desarrollado por nuestros intelectuales e investigadores, pero, además, a apropiarnos de las nuevas expresiones de las ciencias contemporáneas, por ejemplo, las teorías de la complejidad. Posicionar la complejidad social al centro de nuestros debates podría permitir configurar un campo paradigmático alternativo a la mirada

tecnocrática-economicista, cuyo basamento se encuentra en conceptos como los de escasez y equilibrio, que responden a racionalidades parciales y a un tipo cuestionado de ciencia.

Es oportuno señalar que estudiar la sociedad contemporánea y sus continuas crisis requiere de destrezas que no aluden los críticos al neopositivismo, cuyas posturas, como hemos indicado, no resuelve la tensión entre su postura y la ausencia de propuesta. Es en esa dirección donde vale el esfuerzo por ensayar alternativas que sobrepasen, o al menos innoven, el campo científico hegemónico. Es ante ello que las ciencias de la complejidad, es decir, teorías abstractas y transdisciplinarias (en las cuales una importante contribución surge de nuestra región) se constituyen en interesantes ofertas disponibles para la observación de una sociedad global hipercompleja.

El acento en la complejidad surge al preguntarse si acaso no se requiere de innovaciones en nuestras perspectivas teóricas y metodológicas cuando la sociedad contemporánea se observa descontrolada y la necesidad de comprender su nueva forma de organización se pone insistentemente sobre la mesa. Esta última demanda deja en evidencia que las tendencias que se experimentan en la sociedad se han adelantado con mucho a su comprensión. Tales déficits son aún más evidentes ante los “grandes problemas”, todos ellos globales, emergentes y complejos, para los cuales se hacen necesarios “nuevos modos de conocimiento” más interdisciplinarios o transdisciplinarios. Desafortunadamente, estas discusiones tienen escasa cabida en nuestras producciones y en la formación de nuevos investigadores, pues prontamente son estigmatizadas como foráneas o desechadas por su misma complejidad.

El concepto de complejidad es una convincente oferta para alinear nuestras producciones, especialmente cuando indica como características centrales de la sociedad, y de nuestra región en particular, la diversidad y la versatilidad, es decir, su carácter policéntrico. Sin embargo, y más allá de la aceptación de su enunciado, sigue siendo más discurso que posición de observación para la comprensión de la sociedad, permaneciendo, por lo tanto, sus rendimientos inciertos.

En síntesis, apreciamos la complejidad en la presencia del entrelazamiento de partes estrechamente unidas y mutuamente relacionadas que, por su misma relación, generan posibilidades que las

sobrepasan y que, a propósito de ello, evocan los conceptos sistémicos de sinergia y de totalidad (Arnold & Osorio, 2008). Si se aplica esta noción a la sociedad, ésta se revela en el acelerado incremento de las actuales y potenciales conexiones entre los componentes que acompañan su diferenciación. Se define así un contexto para observar sus estados emergentes (imprevistos y novedosos), su inestable unidad (pérdida de centro) y los permanentes desequilibrios (“crisis”) que colocan a la sociedad contemporánea, desde el punto de vista de una observación tradicional, al borde del caos. Esta aproximación deja sin sustento definir el conflicto como una desviación, el cambio como un problema y la integración y estabilidad como una meta, abriendo paso a una nueva comprensión de la sociedad.

Al asumir la complejidad social tampoco pueden ignorarse los distintos planos de observación de la sociedad que, finalmente, la constituyen. Desde allí, la distinción sujeto/objeto, tan preciada por el ontologismo de la ciencia clásica, pierde su utilidad, se hace innecesaria, pues impide apreciar cómo las preocupaciones contemporáneas –como el deterioro ambiental o la exclusión social– son efectos de operaciones sociales autoimplicadas y autorreferidas que hoy son admisibles en la reproducción de la sociedad. Por eso mismo, suponemos –y esperamos– que los aportes que proporciona esta perspectiva puede contribuir, efectivamente, a redirigir procesos y consecuencias no deseables, aumentando la capacidad de (auto) observación (reflexiva) de la sociedad y esclareciendo las decisiones que en ella se toman.

Considerar la complejidad como paradigma genera desafíos. La sociedad descrita como compleja tiene relación con el enfrentamiento de las paradojas. Por ejemplo, el hecho de que es a la vez la misma y diferente para distintos observadores, y que debe ser apuntada como lo que emerge de las descripciones que desde ella le hacen. En este sentido, se indica que uno de los obstáculos para el manejo o solución de los efectos indeseables de la modernización o del neoliberalismo, por ejemplo, no radica en la falta de voluntad para tomar conciencia de sus problemas o para adherir a las protestas que los denuncian, sino que en la dificultad para distinguir e incorporar el incremento de los distintos planos con los que se van componiendo, extendiendo y diversificando sus formas.

Algunos de los resultados visibles de este momento de reflexión científica sobre la complejidad es el aumento de la permeabilidad entre las disciplinas, posibilitando los arreglos investigativos inter y transdisciplinarios, y el facilitar la irrupción de la epistemología constructivista en las ciencias. Todo ello permite abordar problemas globales admitiendo la unidad que subyace a lo múltiple e iniciar el estudio de la complejidad de la complejidad, por ejemplo, reconocer la variedad que subyace a la categoría regional que denominamos América Latina, es decir, dejar de simplificar su heterogéneo contenido social y cultural.

Nuestro llamado para acoplarnos con los procedimientos de la ciencia y sus aspiraciones universalistas, bajo el paradigma de la complejidad, no implica ser neutros frente a lo que se indica y describe, ni promueve abandonar el interés por los cambios sociales. El productivismo académico y la hipersensibilidad ante la cienciometría no deben descuidar la valorización de la aplicación del conocimiento de las ciencias sociales. La incorporación de criterios y estándares más exigentes y la exposición de nuestras producciones a un mundo globalizado contribuyen a nuestras disciplinas, a sus aportes a la sociedad y en particular a nuestra región y sus países, ya sea para su intervención reparadora o cambio.

Comprender la sociedad para actuar sobre su actual complejidad con más propiedad y efectividad no debe quedar pendiente. Por ejemplo, frente a los nuevos movimientos y asociaciones de ciudadanos, estamos en deuda con el desafío de su esclarecimiento. Sin embargo, antes que nada, para que nuestro posicionamiento empiece efectivamente a formar parte de nuestras expectativas y pueda transmitir este sentido a las nuevas generaciones de investigadores, debemos remover los obstáculos que, hasta ahora, nos impiden beneficiarnos de las oportunidades de la globalización de la ciencia y reconocer los aportes y experiencias de quienes producen en las ciencias sociales.

Si se aceptan nuestros argumentos, se favorecería remontar nuestras posiciones hacia una rápida integración a las nuevas discusiones de las ciencias sociales, promover su apropiación crítica y creativa a través de organizaciones académicas regionales, como por ejemplo sus centenarias universidades públicas, o de asociaciones como ALAS. En

todo caso estamos, a mi juicio, en un punto de inflexión. El reciente Congreso ALAS de Recife (2011) (que recibió más de seis mil resúmenes de ponencias) y el próximo a realizarse en Santiago de Chile (2013), son oportunidades que debemos aprovechar para estrechar lazos y compartir aspiraciones con las cuales podamos enfrentar el desafío de posicionar activamente, en forma colectiva y colaborativa, nuestras disciplinas en el concierto científico global, y para no dar la espalda a la complejidad que caracteriza al siglo veintiuno.

## REFERENCIAS

- ARNOLD, M. y F. Osorio (2008). La Teoría General de Sistemas y su aporte conceptual a las Ciencias Sociales. En: *La Nueva Teoría Social en Hispanoamérica. Introducción a la Teoría de Sistemas Constructivista*. Colección Pensamiento Universitario N°11. Universidad Autónoma del Estado de México. pp. 19-43.
- ARNOLD, M. (2011). Observaciones y reflexiones sobre el estado y desafíos de las ciencias sociales en Chile. En: 6° Congreso de Sociología y Encuentro Pre Alas 2011: *Sociología y Sociedad en Chile: Escenarios y Diálogos Contemporáneos*. SOCIORED -ALAS, Universidad de Playa Ancha, Universidad de Valparaíso (ms).
- ARNOLD, M., Urquiza, A. y Thumala D. (2011). Recepción del concepto de autopoiesis en las ciencias sociales. En: Revista Sociológica N°. 73, División de Ciencias Sociales y Humanidades publicada por la UAM – Azcapotzalco, México. pp. 87-108
- CASTELLS, M. (1996). *La era de la Información*. Alianza Editorial. Madrid.
- LUHMANN, N. (1997) Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo. En: *Organización y decisión* (original 1982). Universidad Iberoamericana, Anthropos, España.

- MARTINS, P.H. (2011). *Interrogando las fronteras del conocimiento sociológico: globalización, descolonización y don.* (ms).
- MATURANA H. y F. Varela (1973). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo.* Editorial Universitaria, Colección El Mundo de las Ciencias, Tercera Edición, 1995, Santiago, Chile.
- UNESCO, World Social Science Report (2010). Knowledge divides (WSSR). International Social Science Council. UNESCO Publishing, París.